

EN EL FONDO DEL VERTEDERO.

No recuerdo con nitidez qué sucedió aquella noche que desde entonces reside sin tregua en mi memoria como una nebulosa que gira sobre sí misma y se retroalimenta en una espiral sin freno. Y sin embargo intento tejer la trama de una historia que huye de mí y cuando la pierdo de vista me sorprende por la espalda y entonces soy yo quien lucha por escapar...

Le veo entrar en el local donde apuro mi tiempo degustando una copa, la enésima de la jornada, y se me queda mirando. Entonces me chapurrea cuatro incongruencias en su lengua balbuciente y me clava sus ojos como si estuviera aguardando una respuesta, una reacción inmediata por mi parte. Y yo, que estoy ensimismado en el contenido de mi vaso, aislado de todo lo que sucede a mi alrededor, le miro por el rabillo del ojo y le digo, le quiero decir que sí, que te comprendo, que si me lo dices con esos ojos exorbitados probablemente tengas razón, pero yo sólo quiero que hagas hueco para que corra el aire. No tengo un buen día y menos para compartirlo contigo ¿Comprendes? No he dormido, llevo mucho tiempo sin dormir. Es uno de esos días en los que te miras al espejo, te escupes sin reparos y el único aliciente que evita que te cortes las venas o de defenestres es saber que acabarás entrando en un bar y que pedirás una copa y otra más, una tras otra y entonces entras tu y me espetas un galimatías indescifrable y yo interpreto que me estás censurando, no sé por qué pero me censuras, lo leo en tus ojos, lo recuerdo así y me veo a mí mismo diciéndotelo con la mirada y tú, él, que me señalaba con su dedo índice con un fondo de fuego en su mirada mientras yo rellenaba la copa y tomaba también,...no me acuerdo de lo que tomaba... sólo sé que todo se volvió difuso de repente y la gente...no sé si había gente

o estábamos solos....Recuerdo un escarceo, gritos a la salida del bar y ese rostro oscuro que me perseguía a todas partes, que me sigue dondequiera que vaya. Lo vi entonces, lo veo ahora en esa reseña de la página de sucesos que leo todos los días según me levanto y que es lo único que conseguí introducir camuflada entre mis ropas en este lugar donde todo es tan aséptico, tan impersonal... Y no sé qué hago con este papel del que sin embargo no puedo ni quiero desprenderme. Y él lo sabe y viene todos los días a reclamármelo pero yo lo escondo hasta que se va y entonces me siento liberado, no por mucho tiempo, porque al día siguiente retorna y yo no entiendo y entonces comienzo a recomponer la historia de aquella noche...

Yo conocía de verle varias veces al muchacho árabe que han encontrado muerto entre las basuras. Creo que vivía en un piso de una calle cerca de aquí. Trabajo de portero de un club de alterne de la calle Cortes, así que veo pasar a mucha gente. Hará un año más o menos que ese chico empezó a venir al local. Solían venir tres, ninguno pasaría de los veinticinco años, eran todos moros. Venían, tomaban algo, porque eso de que los musulmanes no beben es un cuento, elegían a las chicas y se perdían por un rato en los reservados o el piso de arriba. No hacían nada malo, ni montaban nunca broncas.

Ahmed creo que se llamaba el chico. Era delgado, de ojos huidizos. Parecía una persona nerviosa, alguien que siempre estaba en guardia, como si temiera que algo pudiera sorprenderle. Y así estaba también con sus amigos, como si no se fiara del todo.

He tenido este trabajo desde hace más de veinticinco años, ya no pienso más que en la jubilación aunque casi no me va a dar para comer, con este contrato de mierda que me hizo el dueño del local, jodido agarrado. Ya he visto mucho en tantos años, y lo que yo he hecho siempre ha sido mantener las distancias con la clientela y las chicas del bar, que si no uno se mete en líos. Y eso hacía con los chicos árabes también.

No creo que tuviera mucho dinero. Vestía muy normal. Uno de sus amigos creo que tenía un coche y a veces paseaban por el barrio en él. Para mí que vivían de las drogas, eran camellos. Les ví alguna vez fumando chocolate pero, por la gente con quien se les veía trapichear, creo que traficaban con drogas más duras.

Hará una semana más o menos una noche vino el chico, Ahmed. Vino solo, creo que fue la primera vez que lo hacía, y le noté nervioso. Pidió una caña en el bar y se quedó allí sentado, fumando un pitillo. Era una noche entre semana, estaba el club muy tranquilo, solo otras dos personas en el bar. Ví que se le acercaron dos de las chicas, pero les contestó de malas maneras y ellas le dejaron solo. Llevaba una bolsa de plástico de tamaño normal, y me pareció que dentro había algo empaquetado. Más tarde, serían alrededor de la una porque estaba a punto de cerrar el local, se levantó y fue hacia la puerta haciendo eses. Me acerqué, y en ese momento llegaron los dos amigos con los que siempre andaba. Ahmed hizo un gesto de intentar salir corriendo, pero no estaba en condiciones de hacerlo. El amigo que es más fuerte le decía algo a gritos, los dos parecían enfadados, enfadados con él. Intenté decirles algo para calmar los ánimos pero no me hicieron ni caso, se pusieron uno a cada lado del chico y se marcharon de allí, llevándolo medio a rastras. Recuerdo perfectamente la expresión de los ojos del chico cuando se lo llevaban, eran unos ojos llenos de miedo. Lo que había ocurrido me dejó

preocupado y nervioso. Fue uno de esos días en que desearía más estar ya jubilado, lejos de este local y estas calles. Cuando me iba me dí cuenta de que medio escondida en un lado de la barra, metida un poco en el hueco que hay con la pared, estaba la bolsa que se había dejado Ahmed. Me la llevé a casa, nadie tiene por qué enterarse de lo que encontré en ella, desde luego a mí no me va a venir nada mal, y como no creo que nadie lo reclame, será mi secreto.

No volví a ver más a Ahmed ni a ninguno de sus amigos. Hace dos días vinieron unos policías al club y me hicieron preguntas sobre él. Me enteré de cómo había acabado, ¡vaya forma de morir! Acabar en un vertedero..., no sé, nadie merece un final así; aparte de las diez o no sé cuántas puñaladas que le mataron... ¡Qué asco de vida! Ahora cuando trabajo en el club estoy más alerta, más tenso, porque está claro que por aquí anda gente que en cualquier momento te puede hacer de lo peor.

No puedo creerlo, leo y releo la noticia y no puedo creer que se trate ti. Fuiste la primera persona que conocí al llegar a esta ciudad, eras mi único contacto en ella. Llegué portando una maleta con mis pocas pertenencias en una mano y en la otra mano tu dirección en la calle San Francisco escrita en un papel.

Recuerdo que cuando llegué a la calle San Francisco, me quedé plantada como un poste, maleta en mano al comienzo de ella. Era un suburbio, a mi alrededor había negros, árabes, ninguna persona blanca a excepción de prostitutas lo cual incrementó mi miedo. Miedo por la ciudad que aun no conocía, miedo por el barrio donde me encontraba, miedo por ser de diferente cultura y miedo sobretodo porque había llegado a

la más absoluta de las miserias y nunca como en ese momento había sido tan consciente de ello.

Llamé a tu puerta jadeando, con la respiración acelerada por la velocidad con la que había subido las escaleras para llegar cuanto antes y encerrarme en casa. Cuando nos miramos, tanto tu cara, como la mía fueron de total sorpresa pero tú viste claramente en mis ojos lo absolutamente perdida que yo estaba y yo en tus ojos que podía dejar de estar asustada.

En los meses que compartimos piso cambiaste totalmente mi forma de ser. Hasta entonces siempre había estado demasiado protegida por el entorno. Al romperse, me hallaba perdida y tú me enseñaste a abrir mi mente, a tomar las riendas de mi situación con la cual desgraciadamente tú has vivido toda tu vida.

Creo ser de las pocas personas que ha llegado a conocerte, siempre he confiado en ti plenamente. Me enseñaste a buscarme la vida vendiendo droga, no me quedó otra opción, pero siempre me recordabas que toda aquella mierda no era para mí, que yo no pertenecía aquel mundo y que era algo pasajero. Que olvidaría rápidamente todo. Yo te decía lo mismo, pero tú me contestabas que no sobrevivirías ni dos días fuera de aquel mundo, que allí sabías buscarte la vida y fuera de él no tenías cabida. Tu frase favorita, somos dos peces de diferente agua.

Ahora vuelvo a saber de ti por el periódico. Dudo que se aclare quién ha podido tener algo que ver en tu asesinato. Todo el mundo que vive en la calle San Francisco es sordo,

mudo, ciego cuando se trata con la policía si no quiere convertirse en otra noticia necrológica.

Lo conozco, sí. Suele venir por aquí. Al principio venia mucho más a menudo, pero ya sabes, algunas veces no tenia pasta, se le empezaron a acumular las deudas... Al final tuve que acabar con eso. Le dije o me pagas o no vuelvas por aquí. Al cabo de un par de días vino y me pagó.

Normalmente viene solo y rara vez habla con alguien. Tiene uno de esos rostros que no invitan a la conversación. Cuando viene se suele poner ahí al fondo y suele permanecer callado observando a la gente. Alguna vez le he sentido incomodarse ante la presencia de alguien en el local, e incluso de largarse precipitadamente. Mira, por aquí pasa mucha gente, y como puedes ver, no son precisamente angelitos, pero algo me dice que ese tipo estaba metido en algo. No algo muy gordo, entiéndeme, pero tenia líos. Todos sabemos que esta gente no lo tiene nada fácil, pero créame, son carne de cañón. Creen venir a una especie de paraíso y acaban metiéndose en la mierda hasta el cuello. Y lo realmente jodido es que no salen de ella, sino que cada vez se ahogan más.

No puedo decir que me extraña cómo ha terminado, ya te he dicho, no sé en que andaba metido, pero no me daba buenas vibraciones. Sí, es muy jodido acabar así, lo sé, pero, ¿qué más puedo decirte? Aquí dentro nunca le he visto meterse en nada, quizás fuese una especie de refugio para él, no lo sé. Aquí parecía encontrar cierta paz. Recuerdo que en cierta ocasión charlé un rato con él. Era muy callado, pero aquella vez

me pidió un cigarrillo y se lo di. Hablamos sobre como le iban las cosas por aquí y otros asuntos por el estilo, nada importante. Él me dijo que las cosas no le iban demasiado bien y que no tenía muy claro lo que iba a hacer.

La última vez que lo he visto ha sido hace un par de días. Lo note nervioso, como excesivamente al acecho. Pero ya sabes, ésta gente es difícil y tampoco me extraño verlo así. Es todo lo que puedo decirte sobre él.

No sabría decirle si ese era su nombre. Le reconozco en la foto pero no recuerdo su nombre, era común para ser moro, como aquí los Pérez o los García o los Sánchez.....a mi es que me suenan todos iguales como a ellos los nuestros.

Yo soy el primero al que le pareció un poco raro al principio, pero yo que sé, él era educado, vestido normal, no me daba la paliza ni me contaba historias extrañas. Me pedía un cigarro, yo se lo daba y ya estaba. Yo tenía que coger siempre el autobús de las 7, el que para en el centro yo vivo arriba, y él pasaba por allí, unas veces calle arriba y otras calle abajo pero no sé donde venía o ni a donde iba. Pues uno más que va y viene.

Te pide un cigarro y si lo tienes se lo das, tampoco vas a desconfiar, yo que sé, gente buena y mala hay en todas partes. Ya sé que se oyen cosas pero a mi, desde luego, miedo no me daba, miedo me dan otras cosas. Hombre, un poco de recelo la segunda y la tercera que me pidió el cigarro pues sí, la verdad, pero casi más porque pensaba que le echaba mucha cara. Y a mi es que me daba palo negarme porque cuando espero el

autobús en la parada me fumo un cigarro, y claro, me pillaba con el paquete de tabaco en la mano y le daba.

Y yo que sé, igual sin darme cuenta le puse mala cara el tercer día seguido que me lo pidió, no lo sé pero al día siguiente fue él quien me estaba esperando en la parada del bus y me dio un cigarro. A mi me pareció un detalle, pensé que a fin de cuentas el tío no tenía tanta cara.

Como ese día había un atasco de narices, ya sabe, que si un par de golpes de chapa y se lía, pues nos fumamos un par de cigarros juntos. Me dijo que los días anteriores le había pillado sin tabaco, que me había visto con el paquete en la mano y que él la vergüenza la había perdido hacía tiempo. Pero se disculpó por haberle echado tanta cara, que yo tenía pinta de buen tío. Me contó que había vivido tres años en Alemania, y que llevaba 2 en España. Había trabajado como jornalero y en obras pero que ya estaba harto, que se marchaba a su país, Marruecos, que él no se adaptaba. Que echaba mucho de menos a su familia, a sus hermanos y a sus sobrinos. Que él había venido porque un vecino suyo le dijo que aquí había trabajo. Y él se lo creyó, le veía regresar a Marruecos en vacaciones con un montón de regalos para su familia y él quería hacer lo mismo. Vivían juntos en una habitación realquilada. Su vecino había muerto hacía dos semanas porque se cayó de una obra en la que trabajaban por cuatro duros y sin protección, lo de siempre.

Sí que me fijé que él tenía las manos llenas de callos, con los dedos chafados, ya sabe, bueno, Vd. igual no sabe, pero que se te despellejan las yemas de los dedos y los tienes secos y llenos de cortes. Pues así tenía él las manos, como las mías.

Me dijo que repatriar el cadáver fue una historia, un follón, quiero decir, que si aquí nadie le reconocía, que si en la obra nadie sabía nada, vamos, que si te he visto no me acuerdo, y al final le tocó a él hacer todo el papeleo. Una semana como un loco le habían tenido y la empresa le había que no volviera, claro, y no hables..... Son unos cabrones. Y que a él aquello le había terminado de decidir, que se iba, que lo de que aquí se vivía mejor era mentira, aquí solo se sobrevivía y que eso él ya lo hacía allí pero con dignidad. La verdad es que me acuerdo que pensé, mira.....moro listo, y yo donde cojones voy a recuperar la mía.

Tenía las manos chafadas pero los ojos vivos y solo hablaba él, todo el rato. El tenía mas que contarme a mi que yo a él, la verdad, yo hubiera acabado muy rápido. Al final llegó el bus y yo tenía que cogerlo.

A mi me pareció una persona normal, desengañado y triste. A mi no me abordó de malas maneras ni me preguntó nada mío. Tampoco me dio la impresión de que me estuviera contando una milonga, la verdad, no sé porque lo iba a hacer, a mi no me conocía de nada, creo que solo hablaba para hablar.....y me pareció uno más. El pasaba por allí a las 7, yo pillaba el bus y nos fumábamos un cigarro, y a la vieja esa que les ha dicho que nos veía trapichear en la parada del bus le dicen que le den por culo.

De vez en cuando oigo; pasos en el pasillo, el sonido de un carrito que ara el suelo a trompicones, la puerta que sin llegar abrirse vuelve a cerrarse, a un hombre solo brazos pidiéndome tranquilidad mientras me pincha, me atiborra de pastillas de colores que me

niego a tragar, y que cuando las trago los días se desvanecen dentro de mí sin sentido, con ganas de atrasar los relojes, el tiempo, sin dejar que mi hermano separe la cortina y vea; los planos, los explosivos a los camaradas que sin palabras , con un bizqueo de ojos.

Deshazte de él.

De vez en cuando pienso en mí, sin valor para pegarle un tiro, buscar su seguridad escondiéndole en España lejos; de las células, de los planos, de los explosivos. Con los camaradas tranquilos sin bizqueo en la mirada, acordar los objetivos, preparar las bombas, alistar las células.

De vez en cuando oigo gritos, carreras por los pasillos y a los pocos segundos voces quedas, tan quedas como la mía en comisaría hablando; de cabras, de cazar viento en las dunas, de casas sin ventanas con una cortina a modo de puerta. La policía insistiendo, sin mostrar interés en lo que digo volviendo a preguntarme por que maté; a la puta meona, a la compañera de piso, al fulano de los cigarrillos, al conductor del camión de la basura y alguno más, no recuerdo cuantos, solo que había mucha sangre. Sin entender, y el hecho de no entender los irrita, que no los maté por venganza por locura, que los maté por si acaso mi hermano con confianza hablase; de planos, de explosivos, de objetivos y de camaradas con bizqueo en los ojos.

De vez en cuando se abre la puerta, me visten una camisa con las mangas atadas a la espalda y los brazos me pasean por los pasillos del mismo modo que la policía, de sala en sala, con un hombre a mi lado con traje y maletín, al que no conozco y un interprete

que no entiendo lo que me dice, al que no quiero entender, y que por no entendernos el juez decretó locura.

De vez en cuando pienso en mi hermano, sin cuchilladas, cazando viento en la duna con los ojos cerrados, los brazos en cruz y la camisa pegada al pecho, feliz en una casa sin ventanas con una cortina a modo de puerta, y con las cabras esperando la madrugada.